



Marisol Sales Giménez

LAS CENIZAS  
DEL ÚLTIMO FÉNIX

La caída

Mientras amontonaba y desamontonaba de nuevo todos los libros, pregunté:

–¿Y no tienes ninguno de curación rápida?

Por el rabillo del ojo vi que una figura se acercaba para atenderme. No levanté la cabeza ni paré de buscar entre manuales viejos y roídos.

–No esperaba que volvieras tan pronto de Branwen. Percibí cierto tono burlón. Lo miré por primera vez.

El hijo del librero sostenía una sonrisa de medio lado que me pareció del todo odiosa. Tomé aire.

–¿Tienes o no tienes algún manual que contenga algún hechizo o poción para la curación rápida?

–Todos los libros que tenemos sobre ese tema están justo delante de ti –siguió diciendo con ese tono burlón y sonrisa falsa.

–Vale, gracias. –Y volví al montón de manuales por si se me había escapado algún detalle de vital importancia.

–Puedo pedir más sobre el tema si te interesa. Aunque, claro, teniendo en cuenta que tardarán dos semanas en traerlos, quizá tu elfo ya esté muerto para entonces

–comentó como si nada, balanceándose de un pie a otro, atento a mi reacción.

–Perdona, ¿cómo dices? –Levanté la cabeza de nuevo con los ojos cerrados, conteniendo la rabia.

–Desde ayer el pueblo no habla de otra cosa. De un elfo moribundo y dos aemirs en la casa de los Grehm.

–Has hablado con Merinda, ¿verdad?

–En realidad me lo contó el pescadero. Al principio no me lo creía, pero, viendo lo que andas buscando..., ya no me cabe la más mínima duda. Es cierto. Tienes a un elfo muriéndose en tu casa. –En su tono no había compasión ni nada que se le pareciese.

–Veo que sigues igual de cabeza de trol que siempre –le espeté–. Hazle un favor a los libros y a los amantes de ellos y quédate en casa, o llevarás el negocio de tu padre a pique.

Solté los libros que aún sostenía y me fui. ¿Me había quedado a gusto? Por supuesto que no. Me habría encantado mostrarle un par de hechizos que había aprendido en Branwen y que aún no había puesto en práctica con seres vivos. Solo por ver reflejada su patética cara de entre miedo y asombro, hubiese merecido la pena, pero tenía una increíble oportunidad de ponerlos por primera vez en práctica con Merinda, que aún seguía en casa.

Hacía dos días que habíamos vuelto a casa y aún no había podido pegar ojo. La convivencia con mi familia estaba siendo sumamente complicada. Entre otras cosas, como bien decía el hijo del librero, porque Kian no despertaba y eso nos ponía en una situación todavía

más difícil de explicar. No les habíamos dicho por qué estábamos allí ni les habíamos aclarado ninguno de los muchos interrogantes que veía que se formaban bajo las cejas de todos. Solo lo sabía mi madre, que desde entonces deambulaba por la casa sin mirar a nadie a la cara. En principio, y a pesar de tener confianza con ella, no quería contárselo para evitarle sufrimiento y dolores de cabeza innecesarios, ya que ella no podía hacer nada para que la situación cambiase. Sin embargo, tras tanta insistencia, y con todo el cansancio acumulado, cedí y se lo conté todo.

«Todo», incluyendo la herencia que me había dejado el abuelo Vardur y cómo se había manifestado en su pleno esplendor hacía apenas unos días. Que el fénix se había alzado como nunca antes para defender a Kian y que los elementos me habían ayudado. Que, conforme llegaron, se fueron, y mis plegarias seguían sin respuesta. Que fue mi profesora Asena la que casi me mata. Y que después Melantha, la hija de la aciaga que ansiaba capturarme y despedazarme, me hizo dudar en Acars. Que Steinar, el *gran* Steinar, me había salvado una vez más. Y que con todo eso, habiéndole robado su bien más preciado a la matriarca de la ciudad subterránea, yo lo único que quería era obtener respuestas, ver a Kian bien y desaparecer. Marcharme allá donde nadie supiera quién era en realidad, allá donde las cenizas del último fénix no hicieran daño a nadie más. Allá donde el titán oscuro jamás pudiera renacer si se alimentaba de los fénix suficientes. Allá donde nadie supiera que los

aciagos buscaban con ansias volver a la superficie, matar a todos los que vivíamos sobre ella e instaurar su propio régimen sin seres de luz. Pensar en mí misma como un ser que podía alimentar a un titán escondido bajo tierra me erizaba el vello de la espalda.

Mis hermanos y mi padre intentaban actuar con total normalidad cuando Shiana y Erwin se sentaban a comer en la misma mesa y procuraban no mirarles los cuernos. Y lo mismo cuando Khis empezaba a hablar para llenar silencios incómodos. Casi podía ver cómo se les acumulaban miles de preguntas en el cerebro. Era la primera vez que veían un ser que no fuera un arhvud, un ser que tuviera ambos ojos del mismo color. Mis amigos eran conscientes e intentaban sonreírles y propiciar un buen ambiente. Sus esfuerzos fueron en vano.

Cuando llegué a casa de vuelta del mercado, ni siquiera me esforcé por esconder mi enfado. Fui derecha a la cocina, cruzando por el salón, donde estaba toda mi familia desayunando, para intentar apagar de algún modo la furia que sentía dentro de mí en ese momento. Me serví un vaso de agua, me bebí la mitad y la otra me la eché en la cara. Mi madre me siguió.

Antes de que dijera algo, empecé a hablar:

—Merinda ha ido contando por ahí que tenemos en casa a un elfo moribundo y dos aemirs.

—¿Que ha hecho qué? —Abrió los ojos y parpadeó con pesadez inclinando la cabeza hacia delante.

—El hijo del librero me lo ha soltado así sin más. Se lo contó el pescadero.

Sin mediar palabra, se agarró la falda del vestido y se dirigió al salón. Eso solo lo hacía cuando estaba verdaderamente enfadada, porque le daba la sensación de que andaba más rápido.

—¿Es cierto, Merinda? —escuché a mi madre decir desde la cocina—. ¿Es cierto que has contado que están aquí Meiv, Shiana, Erwin y Kian?

—¿Te lo ha dicho Meiv? —replicó Merinda con sorna.  
—¡Responde!

—Nunca pensé que Meiv hablara con el zapatero teniendo en cuenta cómo viste —contestó como si nada.

Llevada por la rabia, fui al salón.

—¡Eres una miserable! —le grité entre dientes y con los puños apretados—. ¿A cuánta gente se lo has contado?

—¿Cómo has podido ser tan estúpida, Merinda? —continuó mi madre.

—Necesitaba exteriorizar mis miedos con alguien que entendiera cómo me sentía. Yo no tengo la culpa de que Meiv haya traído a estas criaturas raras a casa.

Mi madre vio que me disponía a responder y me puso el brazo delante antes de decir en tono grave:

—Vete.

—¿Qué? —Merinda se puso en pie—. ¿Me estás echando de mi casa?

—Tienes un marido y un hijo. Creo que ya va siendo hora de que te vayas con ellos. ¿No te casaste para eso? Recoge tus cosas y vete ahora mismo, Merinda.

Y, antes de que pudiera replicar, llamó a mi padre, que llevaba un rato con la boca abierta, para hablar en

privado. Mi hermana se levantó hecha una furia y me agarró el brazo.

–Todo esto es culpa tuya. Siempre haciéndote la víctima, cuando eres la que siempre provoca estas situaciones. Pensaba que volverías de Branwen habiendo madurado un poco, pero ya veo que no. Sigues siendo la misma niña.

–Mamá tiene razón: eres una estúpida que tiene que saber de una vez por todas cuál es su lugar. Necesitas ser el centro de atención para sentirte realizada, y lo que sucede es que no soportas no saber qué es lo que está pasando y te revienta no formar parte de ello, y mucho más no ser la protagonista. –Me zafé de su mano con firmeza—. Te da igual a quién pisar mientras salgas beneficiada. Siento ser yo la que te lo diga: esta no es tu historia, es la mía.

Tomé un plato, me serví algo de desayuno sin prestar atención a lo que cogía y subí a la habitación en la que estaban mis amigos.